

LA TORRE DEL CAMPANARIO



VIOLETA QUEVEDO

*La Torre del
Campanario*

por

VIOLETA QUEVEDO

★

1948

PROLOGO

En mi aposento, situado en una altura que casi llegaba al cielo, una tarde a la hora de la puesta del sol, sentada romántica y solitaria a orillas de mi ventana, contemplaba desde allí el cielo con su hermosa naturaleza "Las Vertientes".

Pueblo ignorado por mí en absoluto que existiese.

Fuí enviada allí por un pariente mío, el doctor R. Vicuña, indicándomelo ese admirable clima por una fuerte afección a los bronquios que, a Dios gracias, resultó la mejoría; después de algunos días de permanecer ahí, acertando este hábil y sabio facultativo en su acertado diagnóstico, pues no trepidó a pesar que yo le alegaba el ir a Los Andes... Quilpué y otros puntos etc., que yo conocía. Se afirmó en su opinión explicándome cómo debiera ir a ese lugar, y ya no vacilé más e hice pronto por teléfono las informaciones para el viaje.

Silenciosa estaba, observando en lo alto del cuarto, cuando siento por mi cabeza que se vierte un hermoso tintero con tintas de varios colores, azul, lacre, verde y colores de fuego. ¡Qué maravilla! dije. Estoy en un país de Hadas, no lo dudo, quedando estupefacta, atónita y a un tiempo siento en mis oídos una voz melodiosa y suave que me dice: ¡Qué piensas!... Observas, miras y admiras, ¿y no vas a escribir nada?.. Faltaba más.

Le replico: ¿Cómo cree sea capaz de poder ni en bosquejos describir este maravilloso sitio, que solamente que el Divino Artista, con sus dorados pinceles podría delinearlo, y yo que no tengo sino únicamente la afición al arte, atavismo únicamente de mis parientes, que tienen ese don gratuito, quedando yo solamente con el gusto por ellos y admirar las bellas obras. ¿Qué podría hacer? . . . Me contestó afirmativamente la voz invisible con una energía que no tenía réplica: “Cada una hace lo que puede” . . . Si te estorban las críticas malévolas no te importe; acuérdate que tu nombre humilde que llevas, y mano a la obra y aunque no seas capaz de pintar, que sería mil veces más hermoso, puedes describir esto con tu sencilla pluma. Te obsequio ese tintero que te ayudará para tus matices, y no seas floja, busca tú la lapicera, papel y goma para tus borrones y relata como mejor puedas, pues ahora son los tiempos de evolucionar en todo y activar y más dar gracias a Dios por haberte dado ocasión de conocer este maravilloso Sanatorio o Balneario, pues aunque hayas viajado mucho en países extranjeros, creo éste supera a todos en su hermosa naturaleza. De otro modo te aprisiono aquí en mis dominios de la Diosa Ceres y no podrás salir más de ellos; con esta última frase algo encantada estaba, y más aún muy espantada; pues estos precios fabulosos de estas regias vertientes, observé muchas veces que era únicamente para personas millonarias y palo grueso que tuviesen sus recursos para movilización, y no para esta humilde flor silvestre como yo. Ya no había caso. Le prometí obedecerle a pesar mío.

PRELIMINARES DE MI PARTIDA

Estando seriamente afectada de los bronquios y cerca de dos meses con una fuerte tos y mis fuerzas muy agotadas, resolví tomar una determinación.

De casualidad llega mi hermana, T. S. de H., a verme, encontrándome en cama. Aconséjame solícita y cariñosa vea un doctor, a pesar que éstos yo no los consulto sino en últimos casos. Reflexioné y resolví hacerlo, pues me sentía con mis fuerzas muy deprimidas y la garganta muy cansada de toser, que mis primeras frases al llegar donde el doctor Vicuña, fueron éstas: "Por favor, doctor, córteme la garganta", y además tenía pánico por mi hermana Sofía, que estando en mí mismo cuarto se contagiase de mi mal, que podía ser contagioso y pegativo por su tenaz prolongación.

A pesar que mi hermana me dijese lo llamase a mi casa o en mi residencia, que me viese en el cuarto, eso sí que no lo acepté. Gracias a Dios tuve esa buena inspiración, porque en una casa tan fea y viéndome tan mal hospedada, sin los menores recursos para el caso de reaccionar y hubiese observado mi aposento, casi pegado al patio, frío y helado, pues fué una escapada el no haber tenido bronconeumonía; pues la mitad de mi mal lo pasé en la ca-

lle, sintiéndome más confortable y abrigada allí, que en esa casa tan desmantelada y fría.

Hice un llamado telefónico, pidiéndole hora, y así pensé, evitaría me enviase a un infeliz hospital o a Chuchunco. Pues como se dice siempre, la primera impresión es el todo, y así contribuye en este mundo a todos los seres en casi todos los casos, la buena presentación y así no se desorientase en su diagnóstico.

LA PARTIDA

No se imaginen mis buenos y gentiles lectores que a pesar de esta gran belleza que domina en "Las Vertientes" su viaje es muy fácil; por el contrario, sobre todo para los que no son palos gruesos y no tienen grandes recursos, es muy penoso, como sucedió en mi modesta situación, saliéndome muy complicado como lo leeréis en mi pequeño libro que voy a editar, pudiéndose aplicar este cierto axioma: **"NO HAY ROSAS SIN ESPINAS"**

Solamente que era novicia en materia de viaje hacia este lugar y no sospechando las dificultades que iba a tener durante mi estada, pude embarcarme con la inconsciente tranquilidad, como el candor del niño, confiada siempre en mi BUEN ANGEL CUSTODIO; pues El me cobijase con sus doradas alas en ciertos casos difíciles que suelen presentarse cuando menos uno piensa, dándome su protección y hacerme llegar a estos parajes, para así poder recobrar mi salud, que tanto anhelaba.

Después de haber hablado por teléfono a Las Vertientes, llegué a la estación de Puente Alto en la mañana, y reservé mi boleto para la tarde, y como no me alcanzase el dinero que llevaba en mi cartera

le ofrecí al conductor dejarle algo a cuenta para asegurarme, y éste me contestó: “No tenga cuidado, cuando vuelva para tomarlo en la tarde, pero trate de no venir muy atrasada y así se asegura de él”.

Confiada en su promesa, volví tranquila a mi casa.

Haciendo diligencias para el caso, mi hermana me dijo si podía venía a llevarme a la estación, y mi prima Inés F. de E. con mucha gentileza también, prometió venir a buscarme. Nosotras con Sofía, ya nerviosas pues las horas se deslizaban, y en esto apareció T. S. de H. y en el acto nos descendimos de un auto, que nos llevaba por pura amabilidad viendo nuestros apremiantes afanes, y también supe después que la Inés de F. se había equivocado de número en la casa y llegó más tarde a la Estación.

Total del caso que allí se formó la primera rosca para iniciar mi trayecto. Tomé por experiencia que en casos difíciles, por muy amables que sean las personas, no pueden llegar como son las interesadas, y más en estos casos de lucha y egoísmo que reina.

Subo al tren de Puente Alto y aún faltaba un cuarto de hora y el mismo que me prometió me dijo: “Ya Ud. no puede ir pues todos los pasajes están agotados para Las Vertientes”.

Le alegué su promesa; fué inútil, era un completo comunista.

Como éstos siempre triunfan, después de mediar una buena discusión, resolví bajarme del autocar camino a Las Vertientes con gran sentimiento, pues yo para largos trayectos, y que los encuentro en todos los casos molestos la movilización en los micros, hice ese sacrificio de tomarlo aunque saliesen una hora más tarde, pues ya había hecho el ánimo a

irme y estaba deseosa de cambiar de aire y a pesar que me dijeron ésta llegaba hasta la Estación de La Obra no más, fuí ni sospechando qué significaba esta roñosa Estación, desconocida para mí.

Despidiéndome de mis hermanas y agradeciéndoles sus atenciones, lo mismo a Inés F., partí con tranquilidad, y nunca hubiese adivinado en esta ocasión lo sucedido y la gran Protección que iba a tener de lo Alto por las manos providenciales de la Providencia, que ahora habría podido decir con razón una pariente mía que se ha radicado en España, O. C. de F., “Uds. qué hacen trabajar harto a la Providencia”.

Llega por fin la micro a la famosa estación La Obra, final del recorrido y había que descender. Quedé espantada al bajarme cuando uno que ha visto cosas tan bellas en el extranjero, y personas tan civilizadas como en Londres y Estados Unidos. Cuesta acostumbrarse, es verdad, a estos tratos y pueblos feos y desmantelados en todo sentido.

Desciendo y al verme tan espantada y desorientada, se acercan tres buenas personas y me dicen: “¿Qué piensa Ud., señorita, hacer?” No tuve palabras para contestar, tanto era mi espanto y quedé muda por un momento. Entonces una de ellas, simpática jovencita me dijo estas frases —se veía de una gran caridad para mi persona— “Ud., señorita se expone a quedar aquí toda la noche, si no se va a pié a Las Vertientes” ¿Cómo? —le alegué yo. Y ella lista como un rayo de luz me dijo estas frases que nunca olvidaré: Nosotras la llevamos y también su bulto que trae, (pues bien veían ellas, yo estaba enferma y sin fuerzas y no era capaz de hacer fuerza).

El corazón me dictó de aceptarles su oferta en el acto, y lo único que les alegué fueron estas palabras: ¿Es muy lejos de aquí?... No, me dijeron ellas, sin duda para alentarme, —en poco rato más estaremos en Las Vertientes, por allí a la vueltecita como se dice siempre. No había caso sino ponerse a caminar, y este recorrido me hizo recordar el episodio de Santa Rita, que tres Santos en la media noche golpearon sus puertas en Casia cuando estaba en oración, y la apuraron que saliese luego de allí, pues sus anhelos iban a cumplirse, llevándola por montes, colinas, cerros pedregosos, hasta dejarla en el convento de donde le habían cerrado las puertas, por ser viuda, y la dejaron como a las doce de la noche allí, estando ya cerrado el Claustro. En la Celda de la Madre Superiora en el Convento de Casia, cumpliéndose las palabras: “CUANDO DIOS QUIERE, EL HOMBRE NO PUEDE”. Nombraré estos tres Santos, por ser adecuados en esta narración: San Agustín, San Juan Nepomuceno y San Nicolás de Tolentino. ¡Qué lastima que yo no hubiese sido esa Santa, pero estas buenas compañeras que llevaba me secundaron muy bien. ¿Hasta cuándo no se llega? le dije. . . Un momento no más, señorita, como decía Henri Bordeaux, las alpinistas llevan su saco al hombro y se recuestan en la dura piedra; pero nosotras no hicimos sino sentarnos un momento para tomar aliento; pues fué el recorrido —como ellas me lo confesaron después— de como treinta cuadras. Pasaban autos de camino, pero no querían parar, lo mismo que le habíamos ofrecido a la micro pagarle su movilización; pero fué inútil y estas buenas niñas me dijeron: “No crea que van a parar por nosotras que somos

serias y usted señorita también, y eso no está con ellos. No insistí más y había que seguir caminando.

Por fin se divisaban a lo lejos unas lucecitas y éstas me dijeron allí se divisa en lontananza “Las Vertientes”, tomaron un refuerzo, una de ellas con su hermano que iba en el camino y le dieron mi equipaje para que lo llevase. Yo les dije cuánto les daré. Nada, señorita, ni por nada.

A pesar que ellas no quisieron, les rogué aceptasen para dulces y por no contrariarme más lo aceptaron. Yo pensé: en estas tierras se ve gente buena y desinteresada, comprenderán ustedes mis agradecimientos cuando llegué al final de la ruta que quizás ya nunca más las volveré a ver.

Entramos al mesón de Las Vertientes como a las ocho y media de la noche y el personal de allí con su administrador estaban estupefactos al verme llegar tan agotada, con las tres alpinistas, dejándome allí, pues guardaré gratitud eterna y a Dios gracias pude dar por haberme puesto en el camino estas buenas niñas.

LAS VERTIENTES

Llego con mis compañeras al Mesón, donde es la primera etapa de llegada, para estar en la oficina. Allí más que espantado con ese cuadro tan curioso, ese grupo de alpinistas que aparecían conmigo, me presento, pues ya estaba hablada allí por teléfono.

Y por suerte diviso allí mismo una persona que parecía serme conocida y muy amable, se sonreía y me dijo: "Si usted viene buena y sana". Yo esto lo extrañé, y dije: ¿será ésta una persona irónica y burlesca?... pero después se me acerca diciéndome: Deseaban pedirle el diagnóstico del doctor para recibirla, pues por poco la creían tísica, y yo la defendí.

Entonces vi a la persona de corazón y alma muy buena que el angel tutelar la colocaba a mi lado para que me acompañase en los primeros días, pues yo parecía un pájaro sin alero, y en ese mismo momento llegando la hora de comer me replicó: "¿Quiere que yo la invite a mi mesa?"... Le acepté yo inmediatamente, aunque yo no tenía el gusto de conocerla, pero su vista no me era desconocida y ella me conocía, era la simpática y abnegada señora Raquel B. de Ortúzar.

LA HOSTERIA

Estando todo el hotel repleto me colocaron en el anexo, un cuarto retirado del hotel y bien independiente de todo. Por las circunstancias estaba encantada allí, pues desahogábame tosiendo, y así no me oían ni me ponían en serios aprietos.

Los primeros días de pleno invierno y frío fueron como en New York. Estuve embelesada desde mi aposento en ver la nieve que caía vertiéndose en las hermosas plantas y en los cuadritos de pensamientos que el frente del hotel estaba rodeado con ellos, y yo me entretenía cortándolos y poniéndolos a secar enviándolos a mis amigos como recuerdo de mi estada allá, de donde creía no volvería más.

Después de algunos días allí el señor amablemente me quiso cambiar en el Hotel a los cuartos de arriba que a juicio mío, eran los mejores. Yo al verlo se lo acepté, aunque estaba contenta en el primero; pero él me dijo: "Este es menos húmedo y pensé le conviene más a su salud". Y fuí así restableciéndome día a día.

EN ESTOS BELLOS PARAJES

Mi mayor entretención en las tardes era subirme a mi cuarto y contemplar ese maravilloso firmamento y admirar sus puestas de sol. Se veían desfilar las luces de colores tricolores ya azules, celestes, colores de fuego encarnado y también amarillos como el de los arco iris. ¡Qué belleza! —exclamaba yo.

Lamentaba no saber pintar, pero creo que ni el mejor artista podría hacer cuadros tan lindos y a lo vivo y eso me conformaba. Después miraba al lado opuesto y veía las montañas con sus fantásticas vistas de cordillera que con mi buena y amable compañerita Raquel también las contemplábamos desde el comedor donde nos pusieron a ambas la mesa. También se divisaba el Río Maipo que rodea el sitio de Las Vertientes.

Desde tempranito oíamos el gorjeo de los pajaritos, las encantadoras golondrinas y otros pajarillos que cantaban como ruiseñores.

La naturaleza es muy sabia y cuando uno desea mucho algo extraño le pasa, pues yo necesitaba llegar al campo y aspirar sus aromas, contemplar sus verdes prados y cambiar el veraneo agitante como es el de Viña, que me fué trágico el verano pasado, pues a Dios gracias escapó de la muerte mi hermana Sofía, y en gratitud a la Divina Providencia elevé plegarias al Altísimo por haberle concedido una pronta mejoría.

Ahora paso a narrarles tal como pasó:

VERTIENTES

*Estando en las Vertientes
o Paraíso terrenal
me encontré con Violeta
quien me acompañó a admirar
la belleza de esos campos
cubiertos de blanco nevar.*

*La suavidad de su clima
El Raco con su tronar.
Todos cambios admirables
para los enfermos sanar.
Los deleites de los pastores
sus rebaños a rodear
y llevarlos a sus chozas
y junto a ellos rezar.*

*El Hada de esas montañas
cuánto deberá gozar
admirando la blancura
y las almas sanas amar.*

LEUQAR - ATELOIV

POLOS OPUESTOS

En el tiempo de verano todos desean salir a veranear, y siempre la mayoría del público elige el irse a Viña. Nosotras también, acostumbradas desde chicas, hacemos lo mismo a pesar que estábamos aleccionadas por un buen pariente, que él hace lo mismo de arrancar en ese tiempo, yéndose al campo con su familia, y nos decía con cariño y bondad: “Niñas, arránquese de aquí”. Este buen caballero era H. P. No obedecemos a sus consejos, y con este motivo sufrimos las consecuencias de lo advertido, es decir, pagamos muy caro nuestra porfía.

No se puede negar la belleza de Viña, sus grandes avenidas compuestas de mucha vegetación y con sus respectivos nombres: Avenida Libertad y sus otras laterales, 1 Norte, 2 Norte, 3 Norte, y así sucesivamente hasta llegar a 16 Norte, pudiendo hacer paseos hermosísimos que en realidad la dejan a una encantada.

Ahora paso a otra cosa, la trágica ruleta que es tan agitante pues ese pasatiempo hace grandes males pecuniarios, dejando a muchos imprudentes, por causa de este juego, casi en la calle y no teniendo algunos ni cómo pagar su hospedaje que es fabuloso de caro en este tiempo pues los hoteles y residenciales de mala muerte cobran un exceso, y a los incautos veraniegos se los aprovechan para llenarse los bolsillos a costa de ellos, y la casa que arriendan le sale gratis durante la temporada pues ahora no existe la conciencia; para muchos sólo existe la explotación, y con esto ya todo está dicho.

La agitación de la vida tiene para la salud serias consecuencias, y Viña con sus turbulentos paseos, ya

con los juegos, excursiones automovilísticas y sus grandes banquetes, no se puede negar afectan la salud, y, en vez de descanso, llegan a enfermarse y también a fallecer como sucedió a un sinnúmero de personas conocidas mías en este último veraneo.

La guadaña de la muerte voltigeaba en estos aires viñamarinos y fuí sorprendida con la fatal noticia que habían muerto varias personas, entre ellas algunos amigos míos, el buen caballero O. R., de bellas cualidades; también E. S. que vivía en 8 Norte, chalet precioso que conservo de él gratos recuerdos pues era el chalet de un pariente mío, y que años atrás me recreaba con sus encantadores chicos. La más linda de ellas era Anita; pues el Divino Jardinero la eligió luego, tronchándole su tallo primoroso y llevándola al cielo a disfrutar con los ángeles de ese hermoso Paraíso. Pues todos quedamos tristes al ver el vacío que era difícil llenar, pero ella, estoy segura, habrá preferido ese hermoso sitio que el Hacedor le tenía destinado a sus entretenimientos de este mundo.

Después fué comprado el hermoso chalet por E. S., que siempre recuerdo con gratitud pues encontrándolo muy a menudo en sus excursiones matinales en la Avenida Libertad se paraba a saludarme muy amablemente, y conversando de mis libros que yo escribía me alentaba diciéndome: "Sigue Violeta escribiendo", y estimulándome con frases halagüeñas que por cierto yo no las creía, pero él como era tan bondadoso me lo repetía, y pensaba yo ¡qué diferente es él! . . . de otros tan pequeños de espíritu, mezquinos en halagos y criticones, que parecen complacerse en hacer sufrir a las aficionadas a escribir.

La Parca fiera parecía inexorable tronchando las existencias de personas conocidas y amigas mías, y también deseaba llegar a mi dominio, y empecé a luchar con fuerza para derribarla. Estábamos pésimamente alojadas en residenciales de mala muerte por los precios excesivos, aprovechando los que tienen residencia en invierno sacar sus gastos duplicando sus presupuestos, viendo el desbordante placer que fascina a los santiaguinos con el juego de la ruleta, su favorito entretenimiento, la trampa en que caen todos, funesta para todos los bolsillos, perdiendo todos su dinero, salud, cabeza, por darse este placer funesto de tan tremendas consecuencias. Donde nos alojamos con mi hermana en Valparaíso, en casa de una modesta señora, después de haber hecho varios recorridos en busca de alojamiento, lo primero que nos dijo fué: “Les arriendo esta pieza sin pensión”; éste era un cuarto oscuro, desmantelado y horrible, pero por la necesidad que tiene cara de hereje tuvimos que tomarlo. La dueña de casa estaba feliz viviendo a nuestras expensas con su familia.

Teníamos en Viña unas parientes buenas, amables y hospitalarias señoritas D. E. E. S., que nos abrieron su puerta diciéndonos: “Vengan siempre que deseen a comer y a cenar con nosotros”. Nos alternábamos con ella y otras veces íbamos con ellas a restaurantes de mala muerte, que más eran los boches de Sofía con esas gentes comunistas incivilizadas que lo que nos servíamos.

Estando una tarde muy cansada mi hermana Sofía deseaba quedarse a cenar en casa donde vivía, y yo iría donde mis primas E. S. ¿Puede, le dijo a la dueña de la casa, darme hoy pensión? No, le contestó ella,

pues le gustaba su comodidad. Indignada le dije: “Tú no puedes quedarte sin cenar, y ni estaría yo contenta ni tranquila en ir donde mis primas y tú quedarte en ayunas”. Entonces le dije: “Ven conmigo”. Esta accedió. Después de cenar mi hermana, algo nerviosa por los micros que regresan vertiginosamente a Valparaíso, corrió para pescarlo. . . y con tan mala suerte que casi cayó sobre una piedra de alto abajo, que entonces no habría podido contar el caso. Yo también quise ayudarla a levantar y también caí a su lado, pero yo con buen resultado. Al levantarse del suelo la observamos con mi prima que había quedado lívida; no sospechábamos aún sus tremendas consecuencias y en la otra micro nos subimos para nuestro regreso. Pasaban y pasaban los días y Sofía ocultaba su mal, pero yo a pesar de su reserva lo comprendía todo en su modo de andar y su semblante y le dije: “Tienes que ver un doctor; no quiero llevarme responsabilidades serias”. Me aceptó. Fuimos donde el mejor doctor, el señor Munich, y éste al verla en su consulta me ordenó le hiciese compresas y dió a entender que si con ellas no cedía el mal dió un diagnóstico que yo no le entendí, pero que se veía era algo serio. Fuimos a la parroquia del Espíritu Santo con Sofía y nunca me olvidaré con el fervor con que oré, que sentí como una respuesta de la amable santita con todos los que la invocan, Santa Teresita de Lisieux y me dictó al corazón estas frases: “Lleva a tu hermana Sofía al Hospital Alemán. Hospitalízala inmediatamente; tu hermana está mal y no pierdas más el tiempo”. La invito a Sofía al salir de la Iglesia sin decirle mi resuelta decisión. Ella al llegar al Hospital medio se asustó con mi firme resolución de de-

jarla allá, pero fuí inflexible. La convencí de buenas palabras facilitándole el dinero para dejarla; alegué con la enfermera para que la recibiera, lo que conseguí a Dios gracias. Al otro día alcanzó ella a ir a misa a San Luis y comulgó y después la primera de las practicantas la hizo recostarse en su lecho para que la viese el Doctor que ya iba a hacer su revista a los enfermos. La vió el doctor Munich en su sala, e inmediatamente la operó. Quedó ella encantada de sus ocho días de estada allá, y a Dios gracias con éxito.

LA FACHADA DE LA HOSTERIA

Este establecimiento ha sido adquirido por la compañía propietaria del Hotel Carrera y es el administrador el señor Juan M. Se condujo conmigo al principio con un exquisita amabilidad, y viendo que yo estaba asustadísima con los fabulosos precios de allí, al verme que de algunas cosas de su mesa no me servía, él me decía: "Sírvasse señorita de esto y sin vale". Yo encantada se las aceptaba; entonces nos hicimos con él y su señora, tocaya mía Violeta, muy amigos hasta el fin y el me dió algunos datos de aquí.

Se compone de cuarenta mil cuabras y está rodeado de árboles bien gigantescos, de pinos y olivos. Fastidio sentía cuando llegaba público y en vez de contemplar esa belleza de la naturaleza empezaban las frioleras del tic-tac de los dados horas de horas, o a jugar a la pelota, que esto es adecuado para otros sitios que no son tan pintorescos. Llegaban estos personajes por horas solamente de Santiago.

Antes de la entrada al hotel se destaca la hermosa piscina que no alcancé a ver su inauguración. Fué el día anterior a mi vuelta. Es hecha de cemento y tiene en algunas partes tres metros de profundidad.

No haré más la relación de esto por no errar, y diré solamente de lo “bueno, poco”.

Era muy visitada mi compañera R. B. Casi a diario llegaba una compañera con su simpática familia. La regalona Silvita, muy dije, y su compañero D. Vicuña, su esposo Emilio o su atrayente hermana Rebeca. Y la interesante dama del señor Herquíñigo, que éste influyó mucho para mi venida aquí a Las Vertientes, pues el sabio doctor Vicuña al indicarme este sitio, me dijo este señor A. H., por una afección fuerte en los bronquios, con este benéfico y prodigioso clima había sanado radicalmente. Condújose conmigo muy atento, hasta cambiarme los platos del servicio de restaurante sin vales, añadiéndome que éstos a mí no me agradaban pues estaba asustadísima con los precios fabulosos que pedían en ese hotel y yo me había metido en camisa de once varas.

Se compone de cuarenta mil cuadras, me informó el buen D. Juan, y está rodeado de árboles gigantescos de pinos y olivos.

Destácase al lado de la Hostería, una hermosa piscina hecha de cemento que en las partes más hondas tiene tres metros de profundidad. El día antes de mi vuelta íbase a estrenar y llegaba mucho público por la inauguración.

La vista de las montañas era algo de cordillera, admirándose su belleza en ella; allí nos habían colocado en la mesa frente donde se realizaba también el río Maipo, y era agradable ver esa vista en el comedor

donde estuvimos colocadas todo el tiempo con mi simpática compañerita Raquel.

Podría ahora decirse:

Qué descansada vida la del que huye del mundanal rüido—y sigue la escondida senda por donde han ido— los pocos sabios que en el mundo han sido.

Al amanecer recreábase uno con el hermoso y armonioso concierto de los cantos de las avecillas y rui-señores, jilgueritos y golondrinas; tan domesticadas eran que podían tomarse con la mano, como lo hacían los mozos del comedor, haciéndome recordar cuando leía la vida de San Francisco, que entonaba sus cánticos, glorificando a Dios con sus lindas avecillas.

ILUSIONES FRUSTRADAS

Tan entusiasmada me encontraba allí que dije en mi interior, encontrándome de paso cuando salía de mi aposento con un caballero ingeniero, el constructor de los bonitos y sencillos chalets de allí. Se llamaba D. Francisco Tamayonno.

“—Sabe —le dije, entablando amistad con él—que me gustaría tener una propiedad aquí; cambiar mis acciones por un pequeño chalecito.

—Muy bien, pues, me respondió él, y tratamos hasta del presupuesto más módico creyendo esto se realizaría. Todo una mera ilusión pues aunque viese alrededor de la Hostería monísimos chalets—reflexioné— esto era nada más que para gente de grandes campanillas y con grandes recursos, pues mi buena señora de allí, Violeta, habíame narrado que una vez en circunstancias que su chiquito había estado muy enfer-

mo, casi se les había muerto por no tener médico y allí sin recursos de movilización, que gracias a la Providencia llegó a su socorro un auto sin esperarlo y casi sin hablar llegaron a Puente Alto y el facultativo, con el auxilio de lo Alto, lo restableció y así podían presentarse casos semejantes y ver que ahora reina gran egoísmo en todo; y sin auto, aquí la vida no caminaba en nada.

PRIMERAS EXCURSIONES A SAN JOSE

Teniendo su auto, mi amiga Raquel nos invitó con otras señoritas Elizondo para ir por los alrededores en San José de Maipo. Lo primero que hicimos fué visitar la Parroquia que a su entrada tenía unas antiguas estatuas. Del tiempo colonial parecían.

Entramos a la capilla, y allí rezamos el santo rosario, y veneramos un Santo Cristo de gran antigüedad también, y a mi compañera le fascinaron sus Vías Crucis, que éstas yo no las observé. A la salida de allí nos saludó el amable y sencillo párroco D. Luis Berríos Droguett. Inmediatamente le comunicó su infortunio a mi amiga R. diciéndole: **La Torre del Campanario** se ha caído.

Quizás por lo antigua y vieja que estaba y quizás mal construída. En el acto se acerca a mí R. B. diciéndole a él: “Esta es la llamada para coleccionarle algo”. No cayó en mí este dicho en saco roto, y pensé aunque con un granito de mostaza ayudar esta parroquia tan pobre.

Inmediatamente ambas con mi amiga Raquel enviamos decir misas a nuestros respectivos padres. Era el día de Santa Margarita 1.º de Octubre fecha

de los aniversarios del fallecimiento de mi mamá, y aproveché esta ocasión con él.

También le prometí darle un cíngulo blanco que estaba haciendo para la revestidura del sacerdote en el sacrificio de la Santa Misa. Con el párroco seguimos excursionando aprovechando él la amabilidad de la señora R. de O. que le ofreció llevarlo para sus empresas que tenía.

Recorrimos el pueblecito de San Alfonso sin descender del auto, y también por Melocotón, que casi había sido mi suerte el ir allá, pues el hábil doctor vacilaba entre este pueblo o Las Vertientes, afirmándose después en este último, a Dios gracias. Tenía tristes recuerdos de esto la amiga R. D., relatándome que su querida madre Elisa lo había pasado muy mal allá sin restablecerse de su fuerte asma, que después al poco tiempo falleció, contándolo ella con pesar.

EL PREVENTORIO DE SAN JOSE

Llegamos allá como excursionistas que estábamos, y se nos ocurrió descender allí pues el buen párroco era muy de esa casa y nos facilitó la entrada que con gusto aceptamos para conocer este establecimiento. Al entrar al hall se destacaba un retrato de emociones para mí, por el afecto que le he tenido a la tía Amalia E. de S. y otras fotografías más de D. Antonio H. Marcial M. y otras personas que fueron sus directores de esta benéfica casa de la Cruz Roja.

Visitamos todo el establecimiento. Las limpias y sencillas camitas de los niñitos pobres que van turnándose para restablecerse y preservarse de la tu-

berculosis; entramos al fondo del establecimiento que era imponente, de casi una cuadra de fondo, conteniendo allí unas vertientes y cascadas de agua cristalina naturales, que viértense algo parecido a la gruta de Lourdes que conocí.

Nos invitaron en seguida las señoras directoras amablemente para darnos té con sus buenos bizcochos. Una de ellas recuerdo era la señora Brieba.

Al despedirnos, mi amiguita se cuadró con sencillo óbolo, obsequiándoles un cheque que lo agradecieron tanto como si hubiese sido un gran donativo. En esto se manifestaba que no estaba este establecimiento muy boyante; salimos muy complacidas de haberlo conocido que creo sería primera y última vez.

Felicito a estas buenas enfermeras de la gran obra de la Cruz Roja, de tanto beneficio para esta infantil humanidad, preservándolos del mal de la tuberculosis con su buen clima y cuidados maternales que hacen ellas.

PUENTE ALTO

No habiendo Misas en El Canelo, el pueblecito más cerca de aquí, donde no hay todos los Domingos, habiéndome informado con el buen cura de San José y como no nos conformábamos el quedarnos como moras, teniendo la facilidad para ir en el auto de la amiguita R. B. nos pusimos en marcha a este pueblo de antiguos recuerdos de familia.

Siendo una chica de seis años invitóme a correr a caballo mi hermano de inolvidables recuerdos, E. S. Y éste se desbocó a todo escape, siguiendo la vertiginosa carrera, quedando yo ilesa. Únicamente suje-

ta por mi angel Custodio que se ve, empezó su protección desde mi infancia. Esto me sucedió en el Llano de Pirque, el gran fundo de la señora tía E. S. de C.

A esta excursión se añadieron varias personas, una de ellas la señora francesa que limosneaba el auto como yo, para no quedarse sin misa. Una interesante francesa Madeleine de B., que seguí relaciones con ella. Mi compañerita se quedaba unos días más y yo pensaba: ¿Qué haré para el otro Domingo? Este era mi rompecabeza.

DIA DE CRISTO REY

Se juntaban las grandes solemnidades, y ni por nada quería quedarme sin misa. Pero era difícil, pues mi buena compañera se había ido ya. Quedaba a la merced de los vientos en Las Vertientes.

Resolví levantarme tempranito, a pesar de las pésimas informaciones que tenía para oír tan lejos misas. No había segura locomoción ni fijeza en informes; al contrario, completo desaliento para ejecutar con éxito mi buena marcha. Parecía el mal espíritu ponía sus trabas, pero yo batallé a Dios gracias con buen éxito. En la salida de la Hostería me encuentro con el buen administrador señor Juan H. y éste me dijo: “Señorita usted se expone a no tener cómo volver y quedarse todo el día en Puente Alto, pues no creo hay sitio en el tren o autocar”.

—No importa —le dije, añadiéndole: “—Con fe en Nuestro Señor me amparará”. Y así sucedió. Me fuí en ayunas y el día bien frío, con temor estaba de vol-

ver atrás en mi convalecencia... y por suerte se divisa un autocar, que yo presurosa lo hago parar. Los transeúntes de allí quedaron maravillados de mi suerte pues allí casi no para, viniendo desde Santiago completo sus asientos; pero había un sitio, y ése fué para mí célebre. El que no hubiese querido venir conmigo otra compañera, pues no deseaba el trayecto en el auto de San Francisco y yo la invitaba por el ejemplo de caridad que tenía con sus compañeras R. B. de Ortúzar, que no conoce el egoísmo sino que la caracteriza su carácter hospitalario

Observando a diestra y siniestra, me introduje en la iglesia y lo primero que pensé fué ver si podía confesarme en un día tan solemne.

La capilla como los confesionarios estaban repletos, pero no me desalenté. Quise entrar, con el apresuramiento que estaba, antes de mi turno, pero la señora que le tocaba era de malas pulgas y empezó a alegar y entonces me pasé al otro lado exponiéndole mi apremiante situación. Me observó y tal vez se compadecería de mi semblante, y me dijo con bondad: "pase usted primero, no más". Y creo fuí de las últimas que el Presbítero Jaime Santa María confesó. Con razón se dice: "si una puerta se cierra la otra se abre". Nunca hacía tiempo, me sentí más feliz de poder comulgar que me acerqué en el acto. Primeramente porque deseaba tanto en el solemne día de Cristo Rey y también día del Niño de Praga, que allí lo tenían en una estatua sencillísima y al parecer antigua.

Pude poco rato estar absorta con Dios en esos momentos que eran tan apremiantes, pero agradecidísima el haberlo podido hacer con dificultades tan in-

mensas. En esta iglesia se admiran los bellos cuadros de mi primo P. Pedro y sus lindos Vía Crucis de estilo moderno y regios coloridos! En el medio de la Iglesia frente al Altar un hermoso Cristo y también la Patrona de Chile, la Virgen del Carmen; me sentí encantada de admirarlos y sentía el ver ese gran placer que había disfrutado esa mañana; quizás sería la primera y última vez, pues es obra magna llegar a esos parajes campestres, sin ser propietaria.

Salí ligerísimo a buscar donde desayunar, y en el camino encontré una frondita sencilla preguntándole a una modesta campesina si podía darme una tacita de té, y me dijo: "Sí, señorita, pero solita, sin pan". Le acepté volando y al preguntarle su precio, quedé encantada al decirme "sólo" 2 pesos. Le cancelé y fui a escape a oír Misa que ya iba a empezar, llegando al Confiteor.

La predicación de S. Jaime me impresionó. Estas frases más o menos fueron:

"Si vosotros, amados fieles, no respetáis vuestros deberes con el Señor de los Señores, Cristo Rey nunca tendréis paz y estaréis en continuas luchas con guerras encarnecidas y tremendos disturbios. El se emocionaba a lo vivo en sus frases diciéndolas.

Por fin, esto emocionante: "Todos vosotros vivís en un volcán. No siendo aficionada a los sermones, éste me agradó mucho a pesar del apresuramiento que estaba y se me hizo corto, tanto fueron sus palabras adecuadas a la época y emocionantes.

Salí apenas terminada la misa. Tomé el asiento en autocar que era el único que llegaría a las difíciles Vertientes, llegando contenta y satisfecha de mi regia mañana que pasé en Puente Alto.

MI REGRESO

Ya llegaba la hora de mi vuelta a la Capital. Habiendo permanecido como 18 días más de lo indicado tenía que volverme arrancando de estos fabulosos precios que no eran para mi bolsillo, y tampoco deseaba estar como mora acercándose los días de tristes aniversarios de mis muertos, parientes queridos, día de Todos Santos y Difuntos y aquí también sola y sin recursos.

Envidia sentía su poco con el tutor de mi amiga Raquel. Esta no debe trabajar tanto en negocios, pues tiene su suerte asegurada y puede perjudicar su salud algo frágil y pensar que su buen amigo D. Alberto P. excelente caballero que vigila sus pasos y su sombra para atenderla y en esta ocasión puede decir: "Quien a un buen árbol bien se arrima, buena sombra le cobija". Este caballero me dijo a la despedida "vaya luego y anote su estada de Las Vertientes". Algo yo pensaba ya hacerlo, y él con su firmeza en su palabra me confirmó.

Estaba tranquilamente en mi aposento encantador, arreglando mi vuelta, cuando siento golpear la puerta: "Señorita a qué hora parte Ud.? Este era el señor Rivera. Creyendo él me informaba bien, hice con él las gestiones del caso y él como estaba algo distraído en sus flirteos con una señorita de allí no pensó en una seria información y como se dice casi me echó al hoyo. Quedamos que sería en el autocar de las 5.

Llego a la estación acompañada del mozo que me llevaba mi equipaje y esperaba y esperaba . . . hasta que el mozo me dejó sola diciéndome: "El tenía que hacer".

En esto se me acercó una pobre señora diciéndome: ¿Qué espera Ud. señorita? Le respondí: el tren. “Si éste se fué hace mucho rato...” Algo pensé, si esto sería verdad o no, pero pasando largo rato y oscureciéndose ya creí y me cercioré era la realidad. Pasó un auto y le pedí me llevase; me engañó por su carácter egoísta diciéndome: “Ya viene el autocar por la Obra... Pasó otro lo mismo. Por fin pasa una camioneta con tres hombres en el pescante y les ruego llevarme. Al principio dijeron no tenían lugar y efectivamente era cierto, pero quizás al verme tan delgada aceptaron, llevando el bulto en un carro de arriba. Vino a dejarme de Las Vertientes una señora Paderewski con su chica como providencia, a ayudarme a colocar mi bulto arriba y contar el cuento en la Hostería.

Seguimos marcha a toda velocidad y yo pensaba en el trayecto “¿Iré a perecer como mi pariente Arzobispo Juan S.” y ligero retrocedió el pensamiento diciéndome: “Tú no tienes el prestigio ni su importancia y quedarás para pregonar este nuevo acto providencial que será éste...” En el trayecto pasé un horrible susto, pues me dijo el chofer: “Qué linda su cartera”. “Adiós mi plata, dije yo”. Y en el acto le respondí: ‘Es una vieja que mandé remendar, y entonces no insistió. Efectivamente era linda y de lujo. Me la regaló una encantadora amiga M. E. Correa de S. Quisieron dejarme en la estación de la Obra, pero no les acepté, temblando ya el quedarme allí sola y sin recurso ninguno. Entonces seguimos en buena armonía hasta la Estación de Puente Alto, donde observé me miraron con buenos ojos mis conductores y al quererles pagar no me aceptaron ni un céntimo

y me dijeron: “Baje tranquilamente no más”. Se ve aun hay entre estos pobres, pocos eso sí, hombres buenos. Les agradecí su amabilidad añadiéndoles pediría por ellos.

Al descender encontré a un pobre joven y le ofrecí su propinita para que me llevase el bulto al tren de Puente Alto, y lo llevó.

Llegué tardísimo a Santiago, pensando no volvería más allí y no extrañando nada el acontecimiento de la caída de la torre... pues ahora el mundo con sus accidentes y desórdenes en todos sentidos, parecen se desprenden todos los edificios y construcciones y tocan unísono todas las campanas que no se saben dónde.

UN INTERVALO DE ESTA SINTESIS EXCURSIONISTA YENDO A VERANEAR A LLOLLEO

Los calores estaban ya atrofiándome por completo, pues los sentía éstos en Santiago parecidos a los inexplicables de Buenos Aires, en los meses de Diciembre y Enero, en que todos buscan las playas para refrigerarse y no quemarse.

Esto nos pasó a nosotras con Sofía que serían algunos días no más. Fuimos a hospedarnos en HOTEL MUNDIAL, dándonos ahí unas piezas terriblemente ardientes, que sentíamos agotarse nuestras fuerzas y organismo, y después supe por el mismo Administrador, el que ocupaba el puesto de nochero, caballero bueno y de sana moral que nos dijo: "Este es uno de los Hoteles más ardientes, porque no tiene rascacielos modernos, y se hace sentir muy fuerte el calor, y además es muy caro para ustedes". Decía la verdad sincera, pues con todos los impuestos y propinas pagamos en un mes —por no contestar sino negativas en las Playas de Viña— muy caro; además que por nuestra costumbre de ir allá creíamoslo más sencillo el llegar a este Balneario. Nos equivocamos medio

a medio, pues además de escribirnos misivas y respuestas fantásticas por sus precios fabulosos, **no había local ninguno**, y optamos por llegar al modesto pueblecito de Llolleo, que fué trágica al principio su estada por sus alojamientos de las Residenciales.

Nos despedimos del mozo de ese Hotel, que era buen camarero, y conversando un rato con él me sentí asombrada, cómo estos mozos botan su dinero y desean no ser un ápice menos que los caballeros ricos y palogruesos y entablé este último diálogo que escribo. Y ver con qué razón las campanas repican sin cesar, pues todo el mundo parece trastornado y se vive con la cabeza al revés.

—¿Usted gana mucho aquí? —le pregunté—. No —me contestó éste sencillamente. —¿Y sale a paseo los días de salida? —Claro —me dijo—, ayer invité a mis amigos y compañeros a un té en el Hotel Carrera. Mis buenos lectores comprenderán el asombro que tuve, y le repliqué: —¿Cómo, no piensa algo en su porvenir y malgasta así su dinero? Nosotras en la vida hemos invitado a este gran Hotel, por lo caro que es. —¿Entonces Uds. creen que no debemos ser iguales y no darnos gusto en gastar el dinero, si es para eso? Y este mozo era de los más modestos, que lavaba los pisos y no sabía de ciencia dónde andaban tablas, quedándome yo estupefacta y con la boca abierta, pues ya se ve que así es la gente del pueblo; con el erróneo criterio no tiene ni atajo ni remedio.

LLEGADA A LLOLLEO

Yo había venido a buscar a este pueblecito modesto, un refrigerador de los calores de Santiago, que parece nunca, en muchos años, habían sido iguales, llegando hasta 36 grados y en vista de las negativas de Viña por escasez de residencia y los precios fabulosos de los hoteles, pues es la época para sablear más a los turistas y veraneantes, aprovechando el deseo loco y desbordante por el juego de ruletas, excursiones y bailes, siendo los únicos que pueden veranear en estas playas de lujo como Viña, las personas muy boyantes. Las propietarias de chalets, casi todas los arriendan para ganar en esta época de verdadero sabotaje, siguiéndolos también otras personas que aunque modestas, por no ser menos que las otras, van con un verdadero sacrificio de su pobre bolsillo. Las compadezco algo a ellas.

Llegamos con Sofía el 12 de Febrero, dedicado a la Virgen de Lourdes, a una casa que nunca había sido residencial y estrenaba su talento doméstico haciéndonos víctimas a nosotras, que fuimos el pato de las bodas... pero no le resultó tanto triunfo, pues mi hermana Sofía dijo en plena voz para advertirle a todos los huéspedes, para que no nos envenenaran, esta frase: "Las viandas están descompuestas". El marido golpeaba con su bastón y pataleaba. "No es cierto, —dijo— están buenas". Se acabó el alegato para que el esposo

quedara en paz. El final fué que todos se mandaron cambiar y a mí me robaron de ahí mis únicos zapatos de buena clase y calidad que traía de repuesto.

MIS DIAS EN LLOLLEO

En Llolleo una de mis primeras visitas, después de cerca de tres años que no venía, fué a la nueva Iglesia que estaban construyendo y fuí sorprendida por su adelanto, y más aún de los artísticos cuadros de tamaño natural y hermosamente coloreados y dorados del Vía Crucis. Yo me pregunté, conociendo las uvas de mi majuelo: ¡Qué parecidos a la mano del pariente, del talentoso artista Pedro Subercaseaux!, que fué el que hizo también la fachada de mi libro, y conversaba con el pintor que era su discípulo, el joven Peter Peck, firma que se conoce en las cintas cinematográficas. Son grandes admiradoras de estos artistas las niñas modernas de estos tiempos.

Todo este hermoso trabajo era delineado y trazado por su maestro P. S., gran pintor, y bajo su dirección lo estaba dibujando. Entonces mi sorpresa fué la realidad que pensaba y todos los que vienen a Llolleo admiran estos dibujos tan religiosos y sublimes. El camino del Calvario, hecho al fresco en las murallas, que ya con eso la Iglesia tendrá mucho más valor y el señor Navarro ha activado su obra con tesón y laboriosidad que hay que reconocerle.

Nos hemos hecho muy amigas del pintor y cuando soy invitada a almorzar afuera reemplaza

el asiento mío, con él, mi hermana Sofía, pues su compañía y el interés que refleja su carácter artístico y al mismo tiempo religioso nos interesa a ambas. Después de grandes revoloteos y andando como los remolinos de viento de que habla Sancho Panza, para encontrar otras residencias, que varias no sirvieron sino que para incomodar, y observando que éstas únicamente tienden su mano para explotar sin tener ninguna comodidad, y como ya tengo gran experiencia, nos cambiamos. Llegamos por Providencia a una calle M. Carrera, que es sencilla y modesta, pero encontramos ventajas adecuadas para nuestro caso y así pudimos permanecer en este clima benéfico, saludable y tranquilo hasta que los fríos y las campanas con sus tañidos nos anuncian la vuelta. Aquí conocí a la distinguida señora Elena B., de quien me he hecho muy amiga; también nos invitó muy amablemente la señora Etelvina Rojas, y fué por ella, se puede decir, que iniciamos el veraneo aquí, donde siempre con sus hijos nos han recibido con cariño y amistad, llamándola yo en broma, por las circunstancias, la reina de Llolleo. También estuve con el joven Urrutia, acercándose en la Plaza, y puedo decir con verdad, que gracias a los empeños y buena intención que le caracteriza, pude redactar este pequeño episodio de Llolleo; también ha estado muy amable, invitándonos a su casa, a pesar del dolor por el fallecimiento de su esposo, la señora E. Wilson vda. de Grez. Veraneaban también allí la distinguida y encantadora pariente Josefina y mi amiga Olga, su hija, y su hermana Josefina.

ROCAS DE SANTO DOMINGO

En nuestros callejeos cotidianos, cerca de la calle M. Carrera, donde vivimos, existe el mejor almacén de Lolloe que se llama "Almacén de Lolloe", el que tiene mejores provisiones alimenticias, y donde vienen todos a comprar comestibles, pues se carece de recursos. Encontré ahí a la distinguida señora Anita vda. de Irarrázabal, con su bella hijita Paz, que nos invitó a almorzar a su bonito chalet. Acepté en el acto esta magnífica ocasión donde no tuve que envidiar nada de Viña, donde es mi costumbre ir, y pude admirar desde la misma casa el oleaje del mar que me figuraba el ir navegando. Habíamos ido ya con Sofía en el auto de la distinguida dama y amiga Carolina G. de Vergara, de la que con su esposo el Notario, somos muy amigos y fué nuestra primera excursión acompañada de su mamá y hermana Sofía. También fuimos en otra ocasión, a la casa de don Francisco H. y su interesante esposa Teresa a un chalcito de gran atractivo y originalidad, que aunque pequeño, había tenido el arte de poderlo ampliar para alojar su larga familia, a unos cuartos ocupados con catrecitos como los camarotes de vapor, unos encima de otros. Encontrándolo esto muy simpático, se ve que a medida que termine bien, será una regia habitación. Pasamos con Sofía ratos agradables, y sin quererlo, había tenido en esas bellas Rocas, que a pesar que son todos de campanillas, pasé sin soñarlo allí cuatro veces, como se llama, un veranito de San Juan, quedando

complacida en esto. Allí también supe que estaba don Alfonso Letelier, su agradable señora Margarita y con sorpresa los encontré en la misma puerta del almacén nombrado, que se cruzaba para ir a Santiago con su hermana Blanquita V. y sus encantadores niñitos, pues éstos revoloteaban todo el verano como mariposas; fué un grato encuentro. Tengo que reconocer que ha sido este veraneo algo providencial y agradecer a esta primavera donde he pasado momentos de reposo también en la estancia del distinguido pariente Domingo U. y su esposa Ana María, que con su hijita tan simpática, nos recibieron a menudo en su casa, yendo con frecuencia a tomar el Lunch con ella. Agradezco el final de esta obra al distinguido caballero que encontré en San Antonio, G. S., donde hacíamos nuestras compras cotidianas en esta travesía pues él tuvo la amabilidad de finalizar mi obra.

Lo más pintoresco de este balneario es el hermoso palacio de don Adolfo Guerrero al que llegamos por mera Providencia subiendo con Sofía que tenía sus actividades con sus suscripciones, encontrándonos allí a almorzar a la suerte de la olla como se dice. La señora Albina Elguin y su tía señorita Graciela Rozas que fueron esquisitas en sus atenciones y pasamos encantadas con observar esas vistas y ellas nos invitaron a Tejas Verdes.

Fuimos invitadas también un Domingo a Tejas Verdes, ya que las amables huéspedes de allí van todos los Domingos; tienen costumbre de ir a tomar el aperitivo, tremendamente caro. Yo sentía que hicieran esos gastos, pero a pesar de mi protes-

ta, lo hacían, y decían que era ya rutinario, e invitaban con ellas a M. C. también; por suerte hice desistir a Sofía, la que no habría llegado por su distancia tan larga.

Los polos se topan, pues también tuve el agrado de conocer en este sencillo balneario a la distinguida dama Elenita B., que vive en un caprichoso y encantador ranchito que está escondido como en concha, pero a pesar de todo se ve y se observa el cielo azul, perspectivas y los reflejos del mar y los nebulosos colores de arco iris que sólo el Artista Divino puede bosquejar. Su amistad ha sido para mí de gran consuelo en este solitario balneario.

Ha sabido en todo allí sacar su partido, pues hasta lámparas de bacarat adornan su mobiliario.

Otra nueva amistad muy atrayente que conocí en un hermoso chalet fué la señora Luisa U. de Cerda, invitándonos a tomar té en su grata compañía entreteniéndonos con su amena y talentosa charla a mí con Sofía.

Ibamos de tarde en tarde donde las buenas señoras Zoilita y Luisita C. que alojaban con la señora Teresa V. y todas nos recibían cortésmente.

Creyéndonos propietarias, un buen día un hermanito de los S. llegaba a golpear nuestras puertas. ¡Cuál no sería mi susto!

Después de comprarles unas manzanitas, le dije yo: "Vayan donde las señoras E. que ellas tienen las frutas botadas en el suelo" y él creyó a pie juntillas y llegó con un saco a buscarlas y ellas algo molestas relataron lo acontecido; me reí de esa inocencia y les expuse lo cierto del caso, pues

aquí escasean los alimentos, y nosotros también estábamos en situación precaria y sin casa.

Viven en la Avenida Chile, en un pequeño y modesto albergue donde pasan su veraneo, los Padres Sacramentinos.



Está ese monasterio con su fachada cubierta por una enredadera de pinos y en su casita tiene linda vista del mar y de todas las casitas de Llolelo que es hermoso de contemplar. Allí puede una ver comulgar. Vino a veranear allí el venerable Padre

Poupard, con un Hermanito alemán. Mi hermana también subía conmigo esa abadía que fué adquirida por la suma de 30 mil pesos.

Vecino de allí está el simpático chalet como chocita de campo de Amelita B. que ha tenido la bella iniciativa de propagar la devoción de la Virgen de Fátima, preciosa estatua donde hice mis plegarias en medio del jardincito de su casita.

EL PAIS DE LOS CACOS

Llegada al país de los cacos.

Habiendo resuelto ya nuestro regreso a la Capital, y después de mil conjeturas y vacilaciones para encontrar un buen hospedaje, nos resolvimos para llegar a una casa extranjera, creyendo estar ahí con más seguridad, calle Bilbao.

Nos bajamos del micro, en que veníamos tranquilamente de Llolleo.

Habíamos dejado los gratos recuerdos de nuestro apacible y tranquilo veraneo en Llolleo, pero como nunca faltan grandes enemigos en este ingrato mundo, fuí cogida por la envidiosa hada, la Reina de los Cacos... que ésta —dijo— las pagará bien caro por haberlo pasado tan regio en las Bellas Vertientes y después en el modesto balneario de Llolleo. Después de un viaje de cerca de tres horas descendimos del micro. Creíamos llegar a Santiago, pero el hada vengativa torció la ruta con su volante y nos hizo descender a pesar de nuestras terribles protestas en el PAIS DE LOS CACOS.

Descendimos los bultos y equipajes que eran varios, por desgracia, y allí nos esperaba uno de los tremendos jefes y auxiliares de esta embrujada Hadá.

—“¿La llevamos al auto?” —“No, le dije yo—. No me persiga más. Ya tenemos un mozo y el tranvía nos dejará muy bien”. Pero este hombre siguió con su persecución en el mismo tranvía y yo inocente de su malévolos complot únicamente le decía: “¿Por qué me persigue tanto?”.

Llegamos a la casa extranjera y cuál no sería nuestro estupor cuando veníamos llegando y bajándonos, notamos faltaba una maleta... Y la mejor que era de New York.

Mi hermana Sofía se puso a gritar diciendo: “Falta la maleta; allí iba toda mi plata, la lista de todas mis suscripciones, adiós mi plata”.

Yo, en el primer momento, quedé como enajenada... sin comprender nada... pues estaba muy ocupada recibiendo los demás bultos, atendiendo a Sofía, tocando la campanilla de la puerta. Pero a pesar de los ayes y lamentos de mi hermana, corrió el tranvía a toda velocidad dejándonos sumergidas en el espantoso país de los Cacos, donde después he sabido han caído en esas redes señoras con robos de cuantiosas fortunas.

Pregunté si existían algunas oficinas de defensa en este país... y me insinuaron fuera a las Investigaciones. Corrí en el mismo momento sin siquiera sacarme mi sombrero como el verdadero Filibutero. Prometieron atenderme y enviáronme a calle General Mackenna, primero y después vinieron otros dos sin uniforme a hacerme

mil preguntas del contenido de mi robo. Yo contestaba sencillamente y confiada que harían algo... pero me equivoqué medio a medio, a pesar de que tuvo la amabilidad de acompañarme en estas desagradables gestiones Mariano M. El resultado de todo fué: “El de no hacer ni descubrir absolutamente nada...” Este país de los Cacos es redondo en todo sentido. Quise aún observar la característica de este pueblo y entre los ramajes y esas avenidas oía canciones, que surraba claramente toda esa plebe distinguiendo yo perfectamente la canción e iban todos al unísono, y al mismo compás, cantando el

¡CIELITO LINDO!

Ya con esto —dije yo—, no hay nada que hacer, sino esperar. Salir de este espantoso laberinto, que diez minutos de estada aquí se me hicieron un siglo.

Mi maletita contenía recuerdos encantadores para mí y objetos también de Sofía y allí se encastraban como un broche, pues era de New York la maleta, estas palabras que simbolizaban la verdad de todo, frases de una monjita santa y hábil del convento en New York al despedirnos de allí: ¿Why you go to the country communist?... Y desobedecimos su sabio consejo, pero muy a pesar mío.

Una parienta mía, Virginia H. C., ha delineado esta hada gracias a su talento decorativo, no más... pues ella no la vió, sino por mis explica-

ciones y ojalá no esté nunca en este país... Este sencillo episodio de mi libro quedó por mis impresiones mucho tiempo en espera; pero tuve que continuar mi obra ya tiempo empezada y conformarme y hacerme fuerte en el sufrimiento recordando las alentadoras frases de un santo varón Salesiano, P. Roca, que una vez al término de mi confesión, en Valparaíso, me dijo esta frase como profética: “Camino adelante”.